

Pilar DÍAZ SÁNCHEZ, *El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencias de género (1959-1986)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, 2001.

El libro de Pilar Díaz Sánchez avanza en el propio título el contenido del trabajo: un análisis de las experiencias de género a través del trabajo de las mujeres en el textil madrileño en una época de racionalización industrial. En este sentido, es un buen libro porque cumple los objetivos que se plantea cubrir y el análisis del trabajo asalariado no es más que una herramienta para entender las experiencias de género, y el textil, –o más exactamente el sector de la confección durante los últimos años del Franquismo y la transición–, es el marco en el que se desarrollan estas experiencias. No en vano, este libro basado en la tesis doctoral de la autora ha recibido el XI Premio Victoria Kent que concede la Universidad de Málaga a los mejores estudios sobre la historia de las mujeres.

El libro se organiza en cuatro grandes capítulos. En el primero se realiza una aproximación al estudio de la industria textil y de su contexto económico y político. El segundo capítulo analiza los procesos de trabajo y la gestión de la mano de obra en las fábricas, y es aquí donde se presenta el paso del taller a la fábrica como forma de organización predominante de la producción en el sector de la confección en los años sesenta, coincidente con la introducción de la organización científica del trabajo. El análisis de la introducción del taylorismo y el estudio de la organización interna en las fábricas desde un punto de vista de género, desarrollando la importancia de la disciplina y las características de los espacios de trabajo, es una de las partes más valiosas para entender la relación entre la tecnología y las estrategias empresariales de organización de la producción con respecto al género. El tercer capítulo está dedicado a la conflictividad en el sector, donde se incluye un apartado sobre el movimiento obrero en el franquismo, antes de desarrollar la especificidad de la lucha obrera del textil por haber sido ésta protagonizada por mano de obra femenina con un nivel de sindicación bajo y condicionada por la doble coacción de las empresas y las familias. Y por último, en el capítulo cuarto, Díaz desarrolla de forma más explícita lo que ha venido adelantando en los capítulos anteriores, la cultura de trabajo de las mujeres y las trayectorias de vida.

Cronológicamente, el libro de Pilar Díaz abarca desde el Plan de Estabilización hasta la entrada de España en la Unión Europea, coincidiendo con la incorporación del textil al tejido empresarial madrileño, el periodo de aplicación de la organización científica del trabajo, y la crisis del sector textil en los años setenta, y la reconversión del mismo en los primeros años ochenta (Plan de Reconversión Textil aprobado por la UCD en 1981). La falta de estudios históricos de calidad sobre el tejido industrial de esta época, hace que el periodo analizado sea uno de los atractivos mayores del libro. En este sentido, los temas de interés que además están muy bien tratados como el inicio de la sindicalización, la reconversión del sector en el marco de los Pactos de la Mocloa o la introducción de la

organización científica del trabajo en sectores distintos que los dominados por las grandes empresas o las del grupo INI, son análisis casi únicos dentro de la historiografía española.

Desde el punto de vista documental y metodológico, el libro está basado principalmente en el uso de fuentes orales, donde aparecen aspectos que de otra manera sería imposible analizar y que al mismo tiempo invitan a reflexionar sobre la oferta de trabajo femenina en términos de utilidad hedonista, ya que para muchas mujeres el trabajo no significaba simplemente un salario sino una liberación, ganar un sueldo, salir de casa, en definitiva, ser independientes. Esto es un punto a tener en cuenta a la hora de explicar la dinámica de género en los mercados de trabajo, sobre todo al considerar las pocas posibilidades de movilidad laboral que tenían las mujeres, y que Pilar Díaz también constata para el textil madrileño. Los testimonios orales incluidos son muy reveladores y demuestran un gran dominio de la metodología de este tipo de historia, tanto en relación con la confección y realización de las entrevistas, como con la selección de los textos y su interpretación. No en vano el trabajo de Pilar Díaz, se desarrolló dentro del equipo que Carmen García Nieto creó en Madrid hace ya algunos años en torno al Seminario de Fuentes Orales, y de donde han salido trabajos excelentes. No obstante, hubiera sido muy interesante desde el punto de vista de la historia económica y sobre todo industrial, que estas fuentes orales se hubieran visto contrastadas con fuentes empresariales para obtener un mayor conocimiento del sector textil en los últimos años del franquismo y los primeros de la democracia, y no sólo, con fuentes relativas a la lucha obrera como es el caso.

Desde el punto de vista teórico, nos encontramos ante un trabajo de historia social y de sociología bajo un enfoque marxista y de género. El lenguaje y las categorías de análisis utilizadas por la autora son de clara definición marxista, incluso, las relativas al género, como el uso del binomio, producción y reproducción, siguiendo la línea del feminismo marxista que se desarrolló principalmente en los años setenta y se extendió en los ochenta, donde se antepone la variable clase a la variable género: «Por lo tanto vemos que la verdadera razón de la segregación del trabajo se encuentra en el interés del capital en dividir y enfrentar a la clase trabajadora y como ha demostrado Heidi Hartmann, los hombres hacen prevalecer su interés en mantener la división de estereotipo en cuanto sistema de reforzamiento sobre la unidad de clase» (p.300). Esta elección teórica impide a la autora tratar a través de una crítica explícita el papel de los sindicatos, sobre todo dentro de un sector predominantemente femenino. Los sindicatos y la acción sindical son presentados por Díaz a lo largo de todo el libro, como libertadores de la opresión femenina, al tiempo que al ubicarlos en el contexto histórico del último franquismo y la transición, muestra su incapacidad para hacer frente a reivindicaciones puramente femeninas. Esto queda muy bien demostrado por Díaz cuando analiza como una vez que se firman los Pactos de la Moncloa y los sindicatos apuestan por la paz social, los problemas del sector textil siguen abiertos porque en gran medida estaban relacionados con peticiones que incumbían principalmente a la mano de obra femenina (p.253). Díaz es muy clara concluyendo que el saldo político que obtuvieron las mujeres con estas luchas fue bastante pobre, y que la represión llevada a cabo sobre las mujeres trabajadoras del textil tiene que ser enfocada bajo la óptica de la especificidad del trabajo femenino en el textil donde el género y la edad añaden unos componentes propios a la represión, y recordando el importante papel jugado por la familia. Sin embargo, se echa en falta una crítica

cluir que se trató más de un plan de ayudas que de una reestructuración sectorial. Además mientras que en otros sectores estratégicos —y con mano de obra mayoritariamente masculina— como el naval o el metal, los planes se diseñaron incluyendo fondos de desempleo, esto no ocurrió en el textil, debido «a la composición de la fuerza de trabajo, mayoritariamente femenina, se mantiene la idea de que siempre es posible una vuelta a las tareas reproductoras del hogar por parte de las trabajadoras sin mayores problemas». Las consecuencias de esta crisis prolongada hasta mediados de los años ochenta, llegando incluso hasta los noventa, se resumen en dos aspectos: en primer lugar, la descentralización de las empresas y la creación de pequeños talleres interrelacionados, y en segundo lugar, la pérdida de empleo y la aparición de la economía sumergida. La crisis hay que relacionarla con la ausencia de nueva tecnología en las empresas que prefirieron seguir basando su viabilidad en el uso de mano de obra femenina barata, y que creían dócil, como había ocurrido en los años sesenta cuando las obreras aceptaban la introducción de nuevos métodos de organización que incrementaban la producción sin que implicasen un encarecimiento importante de la inversión en capital, como los derivados del taylorismo. De hecho, desde el punto de vista de la historia económica e industrial, la aportación mayor del libro es el análisis de la introducción de los métodos tayloristas unido al sistema de control de tiempos y la disciplina desde un enfoque de género. La autora lo considera como un sistema taylorista adaptado a la fuerza de trabajo femenina que reviste una forma de paternalismo perpetuo (p.112) a través de una infantilización de las relaciones laborales: acción, premio y castigo. Complementario a este análisis e igualmente interesante es el apartado referente a los sistemas de remuneración por rendimiento: prima y destajo. Así, este análisis corrobora que las estrategias de producción de los empresarios no eran ajenas al género de la mano de obra porque utilizaban el pago a destajo para aumentar o ralentizar la producción, de tal modo que no siempre le interesaba a la empresa una producción al máximo y sencillamente, ni sacaba labor ni pagaba la prima. Este sistema conllevaba desequilibrios salariales que para la autora son intrínsecamente negativos puesto que minan la solidaridad entre las obreras y la difusión de la organización sindical.

A pesar del gran interés que tiene el análisis que realiza Díaz sobre los sistemas de producción en las empresas analizadas como Induyco o Rok, éste se habría enriquecido con un análisis del sector desde el punto de vista de la competitividad de las empresas y sus estructuras de costes guiadas por el principio de exclusión del despilfarro dentro del marco institucional en el que operaban. Quizá, la autora, más que en el análisis exclusivamente negativo de las decisiones empresariales, debería haber insistido más en la incapacidad o falta de previsión de los empresarios frente a los cambios en los mercados a los que abastecían y que implicaban cambios en la organización de la producción y del trabajo. Además, de esta forma se reforzaría, un argumento muy importante que se desprende de la lectura del libro, que la competitividad de esta industria se basaba ante todo en una bajísima inversión en capital fijo y en el uso intensivo de mano de obra barata y con una educación genérica a través de la cual era posible conseguir una mayor disciplina en los talleres necesaria para el buen funcionamiento de los métodos tayloristas. En este sentido, el libro constituye una evidencia más de la especificidad que representaba la mano de obra femenina y de que la elección de mujeres por parte de los empresarios no estaba relacionada exclusivamente con su productividad y su precio de mercado.

Igualmente, el análisis de Díaz se hubiera enriquecido si la empresa y el empresario no fueran sistemáticamente igualados con el capital y el capitalista y sólo entendidos en el términos marxistas de apropiación de la plusvalía, de explotación del trabajo y de conflicto con el trabajador. En todo momento, Díaz, asume que las relaciones entre capital y trabajo tienen que ser contradictorias, y cuando no lo son es por el grado de «engatusamiento» (p.183) con que se bombardea socialmente a las mujeres, a través del consumismo. Hay que recordar, que las grandes empresas de confección madrileñas estaban unidas a los grandes almacenes. Cuando la autora habla de las trayectorias de vida y los modelos de identidad de las mujeres, distingue de forma explícita entre dos tipos de mujeres dentro del sector textil madrileño, por un lado, las luchadoras, y por otro, las mujeres no concienciadas a quienes identifica con las consumistas. Esa forma de analizar la decisión de las mujeres de endeudarse para consumir en los grandes almacenes supone una visión muy paternalista del análisis de las decisiones personales, que además no está complementada con un análisis de la economía familiar que podría justificar un gasto excesivo posiblemente frente a un ingreso insuficiente. Las siguientes líneas pueden sintetizar la visión de Díaz al respecto: «en la incorporación de las mujeres a las fábricas en los años sesenta, la conformidad se establecía sobre todo , a partir de la coacción tanto dentro del taller como de la presión familiar que se ejercía para que las muchachas acabasen aceptando las normas. En este periodo, para las mujeres tanto sindicadas como no, la autoestima por la realización de un trabajo remunerado, era la causa fundamental de la aceptación, habida cuenta que las mujeres daban íntegramente el sueldo a sus madres, y la satisfacción de ayudar al salario familiar, revierte en una autovaloración muy positiva en ellas. Más adelante a medida que el Welfare State se va desarrollando, el ansia de consumo acaba ayudando a la integración en la empresa, mientras que las mujeres más concienciadas buscan otro tipo de satisfacción en el trabajo bien hecho» (p.184).

En conclusión, se recomienda la lectura de este libro por varios motivos. Primero porque se trata de un análisis del textil madrileño en una época de auge y decadencia del sector, y porque se hace a través sus trabajadoras, demostrando la importancia que el uso de la mano de obra femenina tenía en la organización de la producción y en la competitividad de las empresas. El valor explicativo del análisis de género queda mermado por la dificultad que conlleva unirlo una metodología marxista, y que como se ha mencionado, impide a la autora ser crítica con los sindicatos, que han supuesto una de las barreras institucionales más importantes para la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres en los mercados de trabajo. No obstante, los sindicatos están tratados en el libro de Díaz tal y como deben entenderse, históricamente, en un momento donde la acción sindical se identificaba con la lucha anti-franquista. Por último, es necesario insistir en que la información y el análisis realizado en el libro, sobre todo a través de la historia oral, son muy importantes para el entendimiento de algunos temas estrella dentro de la historia económica y la economía y a los que precisamente es difícil dar respuesta basándose exclusivamente en las herramientas que nos proporciona la teoría económica.

LINA GÁLVEZ